



TAREA DE ESCLAVOS Y SOFISTAS



Alumnos de Retórica, dispuestos en grupos, en una sesión de trabajo en la terraza de la Universidad.

En los conflictos, tal como hemos visto, pesan tanto o más los valores que las cosas o los derechos de propiedad. Aquellos trazan un movimiento humano, el de las finalidades. Cada cual se guía por diversas finalidades, que difícilmente coinciden con las de los demás. Inclusive, ninguna finalidad puede ser satisfecha sin interferir en otra. Por ejemplo, la libertad y la igualdad, en términos absolutos, son incompatibles, pues estos valores entran en conflicto. Por consiguiente, hay que buscar un equilibrio de finalidades. Y ello no se consigue, en las culturas occidentales, sino merced a una formación humanística. Para acceder a dicho marco ideológico, la educación y, más

mecánicamente, la escuela, desarrollan una socialización básica. Los individuos son moldeados según los principios que rigen en su sistema educativo.

Y es en este punto donde entra la retórica. La educación formal nace históricamente de los ejercicios de gramática y de retórica. En otras palabras, la retórica *como educación*. Ello por un lado, ya que por el otro aparece la educación *como retórica*. Será bueno que comprobemos qué hay de cierto en lo que parece un juego de palabras, y qué conflictos se esconden bajo la apariencia neutra del ciclo pedagógico.

El maestro, en dificultades

Sabemos que Córax, hacia el 460 de la era antigua, escribió el primer libro de retórica conocido. Sabemos que Tisias fue su discípulo, y que los dos empezaron a enseñar el arte de hablar en público. Según cuenta la leyenda, sucedieron más acontecimientos en torno a esos pioneros del discurso judicial. Si hacemos caso de la crónica que nos ha llegado. Córax no consiguió que Tisias le pagara el precio acordado por sus lecciones. Y ¿qué hizo entonces el maestro? No lo dudó: presentó una demanda contra Tisias.

Ya delante del tribunal, Tisias interrogó a Córax así: “¿Qué prometiste enseñarme?” Y el maestro respondió con concisión: “El arte de persuadir a quien quieras”. Y a continuación Tisias propuso un dilema:

Tisias.- – Sea: Bien me has enseñado este arte. y entonces te he de persuadir de que no has de cobrar tus honorarios, o bien no me lo has enseñado. y en ese caso no te debo nada por no haber cumplido tu promesa.

Córax.- – Si consigues convencerme de que no cobre, deberás pagarme, pues habré mantenido mi promesa. Si, por el contrario, no lo consigues, entonces me habrás de pagar, y con doble motivo.

¿Qué es lo que sucede en este enfrentamiento retórico? De entrada, el dilema de Tisias parece irrefutable. Cualquiera de las dos opciones conduce a eximirlo del pago. El planteamiento de Tisias aporta, no obstante, la tesis de un silogismo a dos voces, porque a continuación responde Córax con un dilema antitético. En este último, las dos realidades contempladas (la capacidad y la incapacidad del alumno para convencer) reciben una interpretación contraria, y la situación da un vuelco. Aquí se aprecia una de las cuatro utilidades que Aristóteles atribuye a la retórica, capacitar para defender los contrarios:

Es preciso ser capaz de persuadir los contrarios a lo mismo que en los silogismos. no para hacer una y otra cosa. pues no se debe persuadir lo malo. sino para que no nos pase desapercibido cómo es. y para que cuando otro use las mismas razones injustamente. podamos deshacerlas. (Retórica. 1,1)

Efectivamente, Córax disuelve la posición del discípulo argumentando lo mismo, en sentido contrario. ¿Qué resulta de todo ello, pues? El resultado, la síntesis de la confrontación, viene de la boca de los jueces. Nos interesa saber el veredicto de los árbitros. Según la narración legendaria, fue así de expeditivo: "De tal palo tal astilla". En realidad, para ser mas fieles a la tradición, la sentencia fue aún más mordaz: "A malicioso cuervo (Córax, de cuervo), maliciosa cría". Algo así como "cría cuervos y te sacarán los ojos".

Fascinación y desconfianza: educación

El relato de este pasaje, aunque despierta la sospecha de cierto artificio, ilumina con fuerza unos aspectos controvertidos. Tienen que ver con las líneas de tensión que dan apoyo a un arte de hablar sumamente paradójico. La historia sugiere en el lector unos sentimientos similares a los que seguramente producía en los antiguos la irrupción de la retórica. En primer lugar, de fascinación ante la promesa de "persuadir a quien se quiera". También, y asociadamente, de desconfianza frente a una técnica de la duplicidad, del pro y del contra, del sí y del no. No es preciso insistir en que el prejuicio social de que las cosas son lo que son –y no sí y no-, es tan vigente cuando Córax como ahora. Finalmente, un último aspecto que, por fortuna, disuelve la antinomia precedente y señala lo que es central y determinante: la pedagogía de las palabras.

El lector comparte con los antiguos la convicción de que el arte de hablar puede ser enseñado a cualquiera. La habilidad de convencer no queda ligada a la naturaleza, en especial a los vínculos del poder piramidal –palabra ritual – sino a la pedagogía. En este sentido, asistimos a un trasvase irreversible. De la palabra ritual –asociada a formas tradicionales de poder real y aristocrático – se pasa a la palabra caudal. La palabra caudal, afecta a un modelo democrático y mercantilista. hace que el poder del discurso resida en lo que se dice. La palabra habla de cosas; y éstas se manifiestan probables, reales, según la capacidad de las palabras para otorgarles verosimilitud. La entidad de las cosas depende directamente del discurso, que consolida o debilita su estatuto y la posición del orador ante la audiencia. Tal dimensión lingüística del vivir y luchar en sociedad, finalmente, no es un estado definitivo. rígido. Por el contrario, lo que aprenden los antiguos, no sin sorpresa, es que se trata de un fenómeno de pugna: de aprendizaje y de discusión. La educación juega, así, un papel destacable.

Una última paradoja escuece en los espíritus de los espectadores. Si el maestro da las armas de la oratoria que socialmente aparecen como legítimas, sucede que el discípulo puede ser capaz de volverse contra el maestro, y negarle el pan y la sal. Cuando menos, Tisias lo intenta. El resultado, en ese caso, es que ninguno de los dos recibe satisfacción del tribunal, ya que acaba pronunciándose sin entrar en el enredo. Sin embargo, ¿qué puede pretender el maestro? ¿Que se le reconozca su autoridad? Ello sería un pago honesto. Mas, ¿para qué enseña? ¿No es para disolver su saber en el espíritu de los discípulos? ¿No es para nivelar las diferencias que les separan? No descubrimos nada nuevo si insistimos en la condición paradójica que introducen las prácticas educativas.

Todo maestro puede verse en la situación de Córax. ¿Lo hemos de lamentar, por un azar? No se puede decir que la confrontación sea deseable. Pero ese rasgo de la situación no es otra cosa que la excusa narrativa. Palabra fingida o palabra ficticia, el sentido de la historia resume el poder de una idea: el hombre puede ser conducido, es decir, educado. La maestría de Córax y la preceptiva de Antifonte son ingredientes del que ha de ser, más allá de la excelencia profesoral y del programa de estudios, el engranaje educativo.

El pedagogo. en la calle

He aquí una escena usual en el mundo antiguo. Estamos Grecia. El esclavo lleva al niño, hijo de su señor, a la escuela. El maestro es un gramático. La escuela se halla en su casa, donde acude la prole de la aristocracia. Aprenden a pronunciar letras y palabras, a dar entonación apropiada a los pasajes literarios. y a repetir y explicar las historias mitológicas recibidas, entre otras destrezas.

Entonces, ¿qué hace el esclavo en esos paseos de la patricia a la escuela? Custodia al niño, sin duda. Le va mucho en ello, cuando no añade afecto al celo. Hay un parentesco natural. ¿y cómo van? ¿Caminan y se cogen de la mano? ¿De qué hablan? ¿De lo que ven? ¿o bien de lo que no se ve. Pero sí habita poderosamente la imaginación del ilota? ¿Cómo satisface el pupilo la curiosidad que azuza el aire bullicioso de las callejas? ¿Qué hace el niño para asomarse a la experiencia honda del pedagogo?

No lo sabemos. Tan sólo podemos imaginar respuestas positivas, que, con seguridad, harían avanzar un buen trecho a la pedagogía. De hecho. hemos calificado al esclavo de pedagogo. ¿No es éste un uso figurado del término? ¿No hemos empleado el

término laxamente? La respuesta, tal como figura en cualquier diccionario etimológico, es que no. El pedagogo original, el de siempre, es el esclavo que conduce (*ágo*) al niño (*paidós*) a la escuela. El *paidagogos* lo lleva a pie. Si hemos de hacer caso de lo que muestra la palabra, los dos hacen caminos hacia los dominios de la pedagogía más estimulante que se pueda concebir. ¡Qué no daría la substituta académica, la ciencia universitaria de hoy, para ser capaz de entender el secreto del esclavo, la conducción del preceptor!

Sus secretos son expuestos a la luz del día. Preceptor y educando caminan. Al paso, se adentran en el desorden de las sollicitaciones del mundo exterior. Del mundo, simplemente.

Quien conoce el mundo es el esclavo. Conoce lo que queda fuera, extramuros de la casa familiar, lo que es foráneo y de marginación. Si la educación consiste en un viaje que hace el niño hacia lo exterior, rompiendo el recinto del egocentrismo, entonces no hay duda de que nos hallamos ante una experiencia educativa plena. El adulto y el niño quedan hermanados por la comunicación que mantienen. El hijo noble no excluye al ilota, y le interroga sobre lo que quiere saber. La estatura del que sabe, pero nada tiene, se iguala con la del niño que tiene derechos patrimoniales, pero no sabe.

Los personajes ya han sido presentados. El paisaje es la ciudad. Y la actividad consiste en un caminar que opera como un cambio en el espíritu del discípulo, como una migración. "Todo aprendizaje –recuerda el filósofo Michel Serres – exige este viaje con el otro y hacia la alteridad" (1991). El sujeto avanza hacia lo que le es extraño, para hacerlo suyo. Hermes le acompaña, el mensajero, el gula que participa de la alteridad. Ya que el esclavo introduce el mestizaje del que no es igual, del que es otro: adulto, pobre, marginal y socialmente inferior, transeúnte... Esos rasgos que describen la condición del esclavo, ¿no señalan también al maestro, es decir, a todo pedagogo? Nada deshonroso hay en la afirmación de que la enseñanza es una tarea de esclavos, puesto que esa realidad es vista con los ojos serenos de quien mira atrás –y etimológicamente – y, también. en el tiempo presente sociológicamente.

El pedagogo ayuda a nacer una segunda vez al niño. Le impulsa hacia otra posición, la de los demás. Lo descentra respecto de sí mismo para aproximarlo al centro social de la lengua, la literatura, la historia. El pedagogo es más que un único acompañante: esclavo, maestro, gramático, rétor, sofista. Gente sometida a un pago por su trabajo. Transeúntes con la nobleza del oficio, que no de cuna.

El gramático, en la escuela

El niño llega a la escuela, donde el gramático. El esclavo confía el pupilo al maestro y se retira. Siglos más tarde, en el Renacimiento italiano, la etimología pedagogo y la condición de peatón, crearon un nuevo nombre para designar al maestro: pedante. Era un sarcasmo, que mezclaba los términos de “soldado de a pie” y “peatón”, ya que el acompañante de los niños, peatón por fuerza, tenía idéntica –falta de – fortuna y posición social.

La enseñanza gramatical marca la puerta de entrada a una educación general. Se aprende, en primer lugar, las letras: leer, escribir, aprender los relatos homéricos... Si entrásemos en un escuela coránica, donde se allegan los chiquillos, tendríamos una escena bastante parecida. No obstante, el estudio de las letras cambió a partir del siglo I a.C., con la primera gramática occidental. Dionisio el Tracio, gran bibliotecario de Alejandría, publicó la obra *Téchne grammatiké* ("El arte de la gramática"). Nos interesa destacar de esta aportación, no ya la descripción cuidadosa d la lengua griega, sino el plan de estudios que manifiesta. La gramática, que "es conocimiento del uso normal de la lengua de los poetas y escritores" –escribe Dionisio – comprende seis partes: 1 – Lectura con pronunciación correcta. 2 – Explicación de los giros poéticos. 3 – Transmisión de las glosas y ejemplos etimológicos. 4 – Investigación de la etimología. 5 – Explicación de las partes de la oración (analogía). 6 – Examen crítico de los poemas.

Aquí tenemos todo un plan de estudios, que tanto puede ser aplicado a los chiquillos como al erudito, con las correcciones oportunas. Los niños estudian, hasta la pubertad, los rudimentos de estas seis ramas. Aprenden a leer, poniendo los acentos, haciendo las pausas y recitando con sentido. Si tal es el inicio escolar, el objetivo pleno apunta a la interpretación de las formas literarias: palabras y pasajes oscuros (glosas) y la destreza de observar metódicamente una obra poética. Dicho programa de estudios, aplicado a los niños, es gramática; cubre la enseñanza primaria. Si trasladado a la enseñanza superior, es filología. Entre una y otra, media la enseñanza secundaria y un programa específico: retórica.

La gramática trata de las normas de la lengua. Entiende de reglas y de sintaxis; de derecho, y no de hechos. La filología entra en el estudio del estilo. de las variaciones que permiten las reglas y el buen uso. Un rasgo común a ambas disciplinas es la búsqueda de claridad y de distinción de los elementos, para que luchan contra la oscuridad. la confusión, y el deterioro del sistema (la lengua) y de la recepción de los textos por los lectores.

La retórica, por el contrario. traspasa la idea de sistema y se acerca a los usos

efectivos de la lengua. Su plan es el de la intervención comunicativa, en la cual están presentes todas las funciones públicas e interpersonales del habla: persuadir, seducir, conmover... Es decir, hacer cosas con las palabras. Hacer discurso. Conseguir poder. O, también, explicitar públicamente los mecanismos y las funciones que midifican en el discurso.

El gramático explicita las reglas del sistema, la lengua. El filólogo presenta la unidad formal dentro de la diversidad estilística de los poetas, empecinados en un hermoso homenaje al sistema, a la lengua. Por su parte, la retórica explicita lo que hay en el justo centro de la vida de cada día, más allá de los rudimentos alfabéticos y más acá del divino esteticismo literario. Despliega sus indagaciones sobre el papel que el habla juega en la intervención social.

Si la formación gramatical tiene, en el mundo clásico, el objetivo de preparar para los estudios mayores, a saber, de retórica, en la Edad Media se da la paradoja de que la gramática se apodera de la retórica, y hace suya la parte más preciada: la elocución. Ese es el caso de las gramáticas de Donato (*Ars grammatica*, s. IV) Y de Prisciano (*Institutiones grammaticae*, s. V-VI), que gozaron de una aceptación e influencia jamás conocidas.

Una segunda paradoja se suma a la anterior. Más propiamente, un violento cambio de fortuna hace que, de ser la madrina de la educación, se pase a la situación en que la retórica sólo halla refugio en la educación, una vez desposeída del prestigio político de antaño. Esa agonía resulta mortal al final de la Edad Media. “A avieso cuervo, aviesa cría”, sentenciarían de nuevo los jueces sicilianos.

El sofista, invitado a casa

De tres fuentes se nutre la retórica: la judicial, la literaria y la filosófica. Córax y Antifonte pertenecen a la fuente Judicial y a la vertiente sintagmática de su saber (disposición). Dos sofista aportan una enseñanza decisiva. De Gorgias mana la fuente literaria, y de Protágoras la filosófica.

El caso de Gorgias presenta algunos trazos curiosos. Visita Atenas, en viaje de embajada de su tierra, Sicilia. Pronuncia un discurso ante la asamblea ateniense que entusiasma al auditorio. Las peticiones que se le hacen le animan a establecerse en Atenas y dar lecciones de elocuencia. El caso de Gorgias es el del maestro aclamado y que se dedica a hacer pedagogía del arte de hablar.

Su actividad va más allá de la docencia, ya que realiza dos aportaciones notables. Una es material y la otra formal. La aportación material, específica, se centra en el discurso epidíctico. Consiste en un discurso laudatorio: el elogio de un dios, una ciudad, un héroe, un atleta olímpico, un difunto. A diferencia del discurso judicial, el epidíctico se dirige a los espectadores, y no a los jueces. Se ocupa de alabar o censurar, Y no de defender o acusar. Destaca la belleza o la fealdad, Y no la condición de lícito o ilícito. Y utiliza el recurso de la comparación de elementos similares, para amplificar el valor y los méritos de lo que es el objeto de disertación. Del género epidíctico son ejemplos modernos un pregón de fiestas o la alocución de cortesía de un visitante ilustre. Inclusive, cuando visitamos por primera vez la casa de un amigo (o su nueva casa), y elogiamos la amplitud de las habitaciones, la calidez de la iluminación o el buen gusto del anfitrión al disponer los muebles, cuando hacemos todos esos cumplidos, en realidad elaboramos una breve pieza epidíctica. Otro ejemplo; los abuelos hacen elogios exagerados de los nietos; y, sin embargo, no tomamos sus manifestaciones por excesos retóricos, sino como muestra pasional.

La otra contribución de Gorgias, que etiquetamos de formal porque es la de más vuelo, consiste en la invención de un nuevo género: la prosa poética. Antes de ésta tan sólo existía la poesía lírica (palabra ficticia) y el habla judicial (palabra fingida). La prosa de la comunicación cotidiana estaba carente de un talante culto, elegante y sonoro. Entre la poesía y la lengua hablada. Gorgias instala una forma de hablar que nace del código retórico. El recurrir al ritmo de la versificación deja paso a simetrías de frases y juegos de contrastes, merced a antítesis y metáforas, entre otras figuras. Ese camino delimita el inicio de una parte muy granada de la retórica, la elocución. En realidad, la elocuencia halla asiento en la capacidad para escoger y colocar las palabras, que es la tarea de la elocución. Consecuentemente, esa parte que se ocupa del estilo resulta de primer orden para enseñar a hablar con facilidad y eficacia, para deleitar, conmover y persuadir al auditorio.

Gorgias ofrece una guía doble. Domina la palabra que deleita, la "prosa decorativa", la "prosa-espectáculo", en términos de Barthes. Un último efecto de la enseñanza de Gorgias es la constitución de un banco de recursos, el de las figuras. Esta es ya una retórica del paradigma, que se complementa con la sintagmática de la fuente judicial.

El púber y los *progymnasmata*

Gorgias es un sofista. Protágoras de Abdera, otro; quizá uno de los más importantes, y a quien se atribuye la paternidad –a mediados del siglo V a.C. – de los

rasgos que marcan a todo este conjunto de filósofos. En su actividad, los sofistas destacan por dedicarse a la enseñanza de la dialéctica y la retórica como oficio. Su pensamiento se caracteriza por postular un relativismo –las cosas no son de manera absoluta, sino en relación con las demás – y humanismo –el hombre es el centro de la realidad-. Como corriente de acción y reflexión, los sofistas (Sócrates incluido) están interesados en el ser humano. De su filosofía se dice que es antropológica y se les considera integrantes de un episodio brillante, en un de movilidad social y de incremento de las libertades tiempo públicas, dentro del novedoso marco de una vida urbana.

Uno de sus principios más firmes radica en la educación. Y, más concretamente, se expresa en la convicción de que el hombre es moldeable. La enseñanza que reciba le hará diferente de lo que era, ya que nada es fijo, y menos el individuo. Él puede ser conducido hacia la alteridad, por un camino de migración. Es lo que hacía el esclavo con el niño. Eso ha hecho el *grammaticus*. Y es lo que hará, también, el rétor.

Han quedado ya aclaradas las partes básicas de la formación del estudiante. Primeras letras, gramática y, finalmente, retórica. El contenido de los últimos grados de la enseñanza retórica es accesible a través de las obras de los grandes maestros romanos, Cicerón (1 a.C) y Quintiliano (1 d.C.). De esos conocimientos, que dibujan el perfil de una disciplina como sistema de saber, trataremos en el capítulo siguiente. Ahora podemos mencionar cuáles son las enseñanzas recibidas por un adolescente, en los últimos años del gramático y los primeros del rétor. La etapa descrita se corresponde con la enseñanza secundaria actual.

Este programa de estudios se compone de los *progymnasmata*. Forman un conjunto de doce clases de ejercicios. Tienen una naturaleza introductoria. Y su complejidad es progresiva, de menos a más. Lo que sigue es una descripción breve de los ejercicios.

1. *Fábula*. Narración de una fábula, a partir de ejemplos de Esopo u otros fabulistas, pero cambiando la historia y añadiendo una moraleja diferente. En resumen, variaciones de modelos literarios.

2. *Paráfrasis de poemas*. Desarrollo explicativo de un texto (Ilíada, Eneida), utilizando los recursos de: a) la ampliación, b) el acortamiento y c) la traducción (al griego) de los pasajes literarios.

3. *Sentencia*. Explicación de una máxima o sentencia que contiene un precepto moral o puramente práctico.

4. *Chreia*. comentario de un dicho o un hecho atribuido a un personaje. Se acompaña de la expresión “dixit ille”.

5. *Etiología*. Como en la sentencia y la *chreia*, la etiología consiste en una máxima, atribuida a alguna fuente, que ha de ser acompañada de prueba o justificación de su validez. Como en las inmediatamente precedentes, se trata de un argumento de autoridad.

6. *Narración*. Acción de contar una fábula original o unos hechos históricos. En un discurso, segunda pieza, dispuesta entre el exordio y la demostración.

7. *Tópico*. Parte de la argumentación que se basa en lugares comunes o temas habituales, o bien recursos genéricos para desarrollar cualquier tema.



Estudiantes que han participado en un actividad cooperativa de descripción, examinan los resultados.

8. *Elogio o vituperación*. Parte de la demostración que se basa en la magnificación de una cosa (elogio) o la presentación desproporcionada y reprochable (vituperación). También puede ser un discurso en sí, de carácter epidíctico.

9. *Prosopopeya*. Presentación de un discurso en boca de alguien ausente o de una

cosa inanimada. La figura retórica la prosopopeya (del griego *prósopon*, cara) permite hablar de con la *cara* de otro, como si conociéramos su pensamiento y tuviéramos derecho a disponer de su persona.

10. *Descripción*. En un discurso. Parte de la .narración que perfila lugares. personas o ambientes que rodean a los hechos.

11. *Tesis*. Consideración de un enunciado, desde las dos posturas de afirmación y negación. Ejercicio en la línea de defensa de contrarios. Por extensión. la disertación puede tener la dificultad de un discurso deliberativo. es decir. parlamentario o político.

12. *Discusión de las leyes*. Se toma una ley y se organiza su defensa y. al mismo tiempo. su ataque. El ejercicio exige producir un discurso deliberativo, para aconsejar sobre la aplicación del precepto legal. según sea útil o nocivo.

Los alumnos comienzan a prepararse en el uso público de la palabra a partir de los catorce años. La pedagogía busca la superación de la vergüenza y la construcción de una personalidad, preparada con técnica, para la extroversión y la controversia. El aprendizaje de la palabra es una actividad no exenta de agresividad. que ha de deparar, una vez conseguido el objetivo, la clave del mundo. La educación retórica está impulsada por la convicción de que la palabra construye el puente de buena relación con cosas y personas. La palabra es el del principio de realidad. el foro de encuentro y de dominio mundo.

La enseñanza: ¡lucha!

Una constante en la educación grecolatina es la presión que despliega sobre y por la palabra. Esta tradición se prolonga. redoblada. hasta la Edad Media. En esa época. la enseñanza está impregnada de una marcada condición agonística. Los ejercicios disponen inevitablemente lechos para la lucha. Rige la idea de la formación en la competencia, el antagonismo, la oposición. Paradójicamente, el espíritu de los siglos no transpira la pretendida inmovilidad y somnolencia que simplistamente se atribuye a lo medieval. sino que. muy al contrario. late en el esfuerzo y la emulación. La cultura que se contorna por obra de la retórica ha sido definida como una cultura deportiva. Los practicantes musculan, tensan y dan flexibilidad y armonía a la palabra. Son atletas de la palabra. A pesar del hiato que nos separa de los escoláticos, las diferencias pertenecen a la superficie, puesto que hoy la palabra perdura como obra irremplazable de poder y de prestigio.

Sin embargo, la lucha ha de respetar un código, para ser aceptada según una doble exigencia, la moral y la científica. Por un lado, el *decorum* reglamenta la máscara moral de la retórica. Bajo ésta mira un rostro ético. Por el otro lado, producción discursiva no es un juego ocioso. Conecta con el orden del conocimiento y de la Siete Artes. Las siete ramas del saber, reunidas en dos grupos, forman el *trivium* y el *quadrivium*. En el primero hallamos la gramática, la lógica y la retórica. En el segundo están la música, la aritmética, la geometría y la astronomía. Todas tienen la misma consideración. Las primeras iluminan los secretos de las palabras y las segundas dan razón de la naturaleza.

Los dos rasgos que hemos destacado de la enseñanza medieval nos llevan a apreciar la pérdida de protagonismo de la retórica en favor de una fusión de las tres artes liberales. El resultado es decididamente dialéctico. Profesores y estudiantes, en tanto que miembros de la familia escolástica, son competidores intelectuales y profesionales. El enfrentamiento en el campo de las ideas presenta dos formas sobresalientes, la lección y la disputa. La lección, que consiste en la explicación de un texto de autoridad, despliega una arquitectura expositiva –interpretando las partes principales – y inquisitiva, al plantear el pro y el contra de las proposiciones básicas; una refutación de los puntos débiles precede a la conclusión del disertante sobre el texto estudiado. El segundo tipo de ejercicio, la disputa, adquiere la dimensión de un maratón y un festín de la palabra. Nos hallamos, en ese caso, ante un torneo dialéctico que, a lo largo de unas jornadas, enfrenta a los participantes. El proceso sigue un ceremonial, bajo la presidencia de un maestro, a quien corresponde proclamar al vencedor.

Un episodio de disputa similar al enfrentamiento de Córax y Tisias, es protagonizado por Guillermo de Campeaux y Pedro Abelardo, en el siglo XII. Esa *disputatio* adquiere, no obstante, un tono más violento, cruel inclusive. Abelardo, también conocido por sus amores desgraciados con Eloisa, le obliga por la desafia palabra la doctrina realista de su maestro, a someterse a la posición conceptualista y se apodera de su clientela de estudiantes. El sentido neurótico de la disputa –como califica Barthes – perdura en procedimientos académicos y laborales de ahora, como examinarse, defender la tesis doctoral u opositar. Como a veces sucede, no es fácil distinguir dónde acaba el ritual del debate y dónde la simulación se convierte, intelectual y profesionalmente, en boxeo. ¿Sería pertinente reiterar aquí la máxima de “a avieso cuervo, aviesa cría”?

El paseo por los lugares comunes de la enseñanza clásica y medieval, aunque apresurado, deposita en nuestras manos unos presentes. Hemos visto brotar las prácticas educativas de la madre retórica. Y esta influencia ha persistido hasta el siglo XIX. Además, si la retórica nace de una necesidad de intervención social, organizándose en

educación, también inferimos que cualquier modelo educativo, por alejado que esté del currículum clásico, es una retórica en toda regla. No podemos dejar de lado la evidencia de que la retórica es una amalgama de saber y acción. Dicho de otro modo, es un programa ideológico, que se pone a disposición de grupos sociales hegemónicos, para asegurarse dos cosas: el instrumento y la legitimidad. El instrumento es la palabra disciplinada. La legitimidad planea sobre la producción discursiva, presentándola como necesaria, bella y justa. En definitiva, la retórica cohesiona una ideología y unos principios de intervención en la ley, el conflicto, el espectáculo y el moldeado educativo.